

Viola Ardone

El tren de los niños





Seix Barral Biblioteca Formentor

Viola Ardone

El tren de los niños

Traducción del italiano por
Maria Borri

Título original: *Il treno dei bambini*

© 2019 Giulio Einaudi editore S.p.A., Torino

Publicado de acuerdo con Viola Ardone y sus agentes Alferj e Prestia S.n.c -
Agenzia Letteraria y The Ella Sher Literary Agency, www.ellasher.com

© por la traducción, María Borri, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-322-3709-6

Depósito legal: B. 15.415-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

- 9** Primera parte
1946
- 97** Segunda parte
- 189** Tercera parte
- 227** Cuarta parte
1994
- 309** *Notas*

1

Mi madre delante y yo detrás. Arriba y abajo por las callejuelas del barrio de los Quartieri Spagnoli, mi madre anda rápido: por cada uno de sus pasos van dos de los míos. Miro los zapatos de la gente. Zapato bueno: un punto más; zapato con agujero: un punto menos. Sin zapatos: cero puntos. Zapatos nuevos: punto extra. Yo nunca he tenido zapatos míos de verdad, llevo los de otros, y siempre me aprietan. Mi madre dice que ando al bies. No es culpa mía. Son zapatos de otras personas. Tienen la forma de los pies que los han usado antes que yo. Han tomado sus costumbres, han pisado otras calles, jugado a otros juegos. Y cuando llegan a mí, no tienen ni idea de cómo ando yo ni de adónde quiero ir. Lo suyo sería acostumbrarse poco a poco, pero mientras tanto el pie crece, los zapatos aprietan otra vez y vuelta a empezar.

Mi madre delante y yo detrás. Ni idea de adón-

de vamos. Dice que es por mi bien, pero seguro que aquí hay gato encerrado. Lo mismo que pasó con los piojos: «Es por tu bien», y acabé con el coco liso. Suerte que a mi amigo Tommasino también lo dejaron igual, por su bien, para variar. Los chicos del barrio se reían de nosotros, que parecíamos dos calaveras recién salidas del cementerio de Fontanelle, decían. Al principio Tommasino no era amigo mío. Un día vi cómo birlaba una manzana del tenderete del Sabiendas, el verdulero que tiene el carrito en la plaza Mercato, y entonces pensé que no podíamos ser amigos porque mi mamá Antonietta me ha explicado que nosotros somos pobres, sí, señor, pero no ladrones. Que si no uno se convierte en un miserable. Pero resulta que Tommasino me vio y robó una manzana también para mí, y como yo no la había robado, sino que era un regalo, me la zampé, porque tenía más hambre que el perro de un payaso. Desde entonces nos hicimos amigos, por lo de las manzanas.

Mi madre anda por la calle pisando fuerte, sin bajar nunca la mirada. Yo arrastro los pies y voy sumando los puntos de los zapatos para que se me vaya el miedo. Cuento con los dedos hasta diez, y vuelta a empezar. Cuando consiga sumar diez veces diez, pasará algo bonito, que ésas son las reglas del juego. De momento, nada bonito me ha pasado, nunca, será que me he liado contando. Los números me gustan un montón. Las letras, en cambio, no: al verlas de una en una las reconozco,

pero cuando se juntan para formar palabras se me va la cabeza. Dice mi madre que de mayor yo no tengo que ser como ella, que por eso quería que fuera a la escuela. Y yo fui, pero no acababa de gustarme. Para empezar, mis compañeros de clase metían mucha bulla, y yo volvía a casa con dolor de cabeza, la clase era pequeña y olía a pies. Además, tenía que quedarme todo el tiempo quieto y callado en el pupitre, dibujando palitos. La maestra tenía el mentón cucharero, hablaba como si tuviera una croqueta en la boca, y si alguien se atrevía a tomarle el pelo se ganaba un cachete. Yo pillé diez en cinco días. Los conté con los dedos, lo mismo que los puntos de los zapatos, pero no gané ningún premio, así que no quise volver.

A mi madre no le gustó eso, y me dijo que entonces tendría al menos que aprender un oficio, así que me envió a por trapos. Al principio me gustaba: se trataba de pasarse el día entero en la calle recogiendo pingos viejos en las casas o rebuscando en la basura, y luego llevarlos al mercado donde despachaba el Agallas, pero a los pocos días resulta que volvía a casa tan cansado que casi tenía nostalgia de los cachetes de la maestra con el mentón cucharero.

Mi madre se para delante de un edificio gris y rojo con las ventanas grandes.

—Ya hemos llegado —me dice.

Esta escuela me gusta más que la otra. Dentro hay silencio y no huele a pies. Subimos al segundo

piso y nos quedamos esperando en un pasillo, sentados en un banco de madera, hasta que una voz dice: «El siguiente». Como nadie se mueve, mamá entiende que los siguientes somos nosotros, así que entramos.

Mi madre se llama Antonietta Speranza. La señorita que nos atiende apunta nombre y apellido en un papel y dice:

—Ustedes se han quedado sólo con eso, con la esperanza.

Y yo voy y pienso: «Ya está. Ahora mi madre se da media vuelta y nos vamos a casa». Pero no.

—¿Aquí dan cachetes, señora maestra? —pregunto tapándome la cabeza con los brazos, por si las moscas.

La señorita se ríe y me pellizca la mejilla con el pulgar y el índice, pero sin apretar.

—Tomen asiento —dice, y nosotros nos sentamos frente a ella.

Esta señorita no se parece en nada a la otra; en vez del mentón cucharero, tiene una sonrisa hermosa, con muchos dientes blancos y rectos y el pelo corto. Lleva pantalones, como los hombres. Mamá y yo nos quedamos callados. Ella nos dice que se llama Maddalena Criscuolo y que a lo mejor mi madre se acuerda de ella porque luchó para liberarnos de la opresión de los nazis. Mi madre mueve la cabeza asintiendo, pero está más claro que el agua que a la tal Maddalena Criscuolo ella nunca la ha oído nombrar. Maddalena cuenta que

en aquellos días salvó el puente del barrio de la Sanità que los alemanes querían volar con dinamita, así que luego le entregaron una medalla de bronce y un diploma. Yo pienso que le habrían venido mejor unos zapatos nuevos, porque lleva uno bueno y el otro con un agujero (cero puntos). Dice que hemos hecho bien yendo a verla, que a mucha gente le da vergüenza, que sus compañeras y ella han tenido que ir llamando a las puertas, casa por casa, para convencer a las otras madres de que era algo bueno para ellas y para sus hijos. Que muchas las han despachado con un portazo e incluso con malas palabras. Yo me la creo porque a mí también me despachan a menudo con malas palabras cuando voy a por trapos viejos. La señorita dice que hay un montón de buena gente que se ha fiado de ellas, que mi mamá Antonietta es una mujer valiente y que a su hijo le está haciendo un regalo. A mí nunca me han hecho regalos, excepto la caja vieja de costura donde he metido todos mis tesoros.

Mamá se queda callada, esperando a que la tal Maddalena acabe de hablar, porque lo de la cháchara no es lo suyo. La otra dice que a los niños hay que darles una oportunidad. Para mí, mejor si me da pan, azúcar y ricotta. La comí una vez en una fiesta de los americanos donde me había colado con Tommasino (zapatos viejos: pierdo un punto).

Mi madre sigue callada, así que Maddalena continúa hablando: han organizado unos trenes

especiales para llevar a los niños allá arriba. Entonces mamá suelta:

—¿Está usted segura de lo que hace? ¡Éste, aquí donde lo ve, es un castigo de Dios!

Maddalena dice que vamos a ser muchos dentro del mismo tren, que no voy a ir solo.

—¡Entonces no es una escuela! —me entero yo por fin, y sonrío.

Mamá Antonietta no sonrío.

—De poder escoger, no estaría aquí. Éste es el único que tengo, lo dejo en sus manos.

Ya de vuelta, mi madre sigue caminando delante de mí, pero anda más despacio. Pasamos por el tenderete de las pizzas, ahí donde yo suelo pegarme a su falda y llorar a moco tendido hasta que me gano un bofetón. Esta vez, ella se para.

—Una frita de cortezas y ricotta —le pide al joven que está atendiendo—. Sólo una.

Yo no he pedido nada, y si mi madre quiere comprarme una pizza frita así, sin más, pienso que aquí hay gato encerrado.

El joven envuelve una pizza amarilla como el sol y más ancha que mi cara. La agarro con las dos manos, por miedo a que se me caiga. Está caliente y perfumada, voy soplando y el olor del aceite me entra en la nariz y en la boca. Mi madre se agacha y me mira.

—Bueno, pues ya lo has oído. Ahora ya eres mayor, estás a punto de cumplir ocho años. Sabes muy bien cómo estamos en casa.

Me limpia el aceite de los labios con el dorso de la mano.

—Deja que la pruebe yo también. —Y pilla un pedazo dando un pellizco.

Luego se levanta y nos vamos hacia casa. Yo calladito, y andando. Mi madre delante y yo detrás.